

El cura tomó la carta, que estaba manchada de sangre, y dejando una bolsita con dinero bajo las almohadas, se alejó de la casa del tío Miguel.

—¡Nadie comprendé el corazón humano! pensaba el viejo sacerdote; el mundo nada me ha enseñado: cuando creía en la redención de una alma lanzada en el abismo del romordimiento, de repente vuelve á sumergirse en las sombras de su pasado, esa pobre existencia lanzada en el mar revuelto de las contrariedades y del fatalismo.

CAPITULO DECIMOSEXTO.

DEUDA SATISFECHA.

I.

Estamos en los alrededores de Querétaro y en el 25 de Abril del año memorable de 1867.

El teniente coronel Pablo Martínez y su amigo, ó por mejor decir, su hijo adoptivo, D. Serafín, estaba al frente de un regimiento de caballería.

El Cuartel general mandó que el regimiento de Martínez pasara á la hacienda de.....á reponer sus caballos destruidos por tanto tiempo de fatiga.

El lector recordará que el 1.º de Junio de 863, cuando el ejército pasaba para la nobilísima ciudad de Lerma, el infortunado Quiñones había recibido el más cruel desengaño, de aquel famoso Don Cirilo, que le hizo una recepción tan descortés cuando presentó en la posada á Martínez y sus amigos.

Quiñones recordaba siempre la pesada broma del oficial retirado, y muchas veces le habían dado carga con la memoria del ridículo lance de su antiguo camarada.

Martínez tenía una memoria asombrosa para tener las fisonomías y los parajes.

Marchó el regimiento á la hacienda de.....

Cuando una nube de langosta se presenta en un sembrado, atemoriza menos á los pastores que á un hacendado la noticia infausta de la llegada de un regimiento.

Los hacendados ocultan violentamente las semillas, hacen desaparecer el vino y las vajillas, envían sus caballos á grandes distancias, remontan sus ganados como si amenazasen una catástrofe, y las muchachas de la finca huyen á los próximos

ranchos; porque la tropa es una verdadera plaga, cuya plaga se torna en un castigo del cielo, cuando pertenece á un bando opuesto al del propietario de la finca rústica ó urbana.

Martínez se armó con la orden del Cuartel general, y llegó á la hacienda.

—¿Dónde está el moyordomo? preguntó.

—Señor, ya viene, dijo humildemente el jornalero.

—Que venga pronto, ó lo traigo de las orejas.

—Está con el amo.

—¿Quién es el amo?

—Don Cirilo Hermosilla.

—¿Dónde he oído ese nombre? á mí no me es desconocido. ¿Y qué clase de pájaro es ese Don Cirilo.

—Es el amo no más, señor.

—Eso no basta, repuso Martínez, y seguido de sus ayudantes se fué directamente á la casa de la hacienda.

Apeóse y subió las escaleras, metiendo gran ruido con las espadas y el sable.

El dueño salió á recibir al jefe.

Luego que Martínez le puso la vista á quel hombre, lo reconoció.

Era aquel mismo D. Cirilo, teniente coronel retirado, que les había jugado la pesada broma de dejarlos sin comer.

—¡Hola, Don Cirilo! dijo Martínez.

—Pase usted, señor compañero.

—¿Compañero de qué?

De milicia; yo soy viejo insurgente.

—Bien, aquí tiene usted la orden para el alojamiento de seiscientos jinetes con sus respectivos caballos.

—La obedeceré, pero no tenemos pasturas.

—Pues cómprelas usted, me parece que están baratitas.

D. Cirilo arremangó el labio superior como trompa de elefante.

—Mande usted matar diez reses para que coma la tropa; usted es un hombre muy.....muy.....

—Mi ganado va á desaparecer, pensó; D. Cirilo y se estremeció.

—Disponga usted treinta camas para mis oficiales.

—¡Dios mío! exclamó el viejo.

Martínez tuvo á bien no reparar en las exclamaciones de D. Cirilo, y continuó con el mayor aplomo:

—Voy á disponer algo que á usted le concierne, y que nos avisen cuando esté el almuerzo para mí y la oficialidad.

Sin despedirse, marchó seguido de la turba de oficiales, que se frotaban las manos de satisfacción.

II.

—¡Estamos perdidos! decía á su mayordomo el propietario, la hacienda va á arruinarse; pero es preciso hacer un sacrificio, porque este soldadón es un bárbaro, un verdadero apache.

La gente de la casa se puso en movimiento para disponer el almuerzo, mientras Martínez entablaba un diálogo, con el guardador de las *trojes*.

—Abre esa puerta para sacar paja y cebada.

—No tengo las llaves.

—Pues sin ellas.

—No puedo.

—Yo sí; vamos, avancen tres dragones, con las culatas de los rifles rompan lo cerradura,

Los dragones no se hicieron esperar: á los dos minutos las puertas estaban más abiertas que las de Catedral en día Corpus.

Como hormigas entraron los soldados á los graneros, dándoles una saqueado peor que la de Lorencillo, y la de Saligny á los bonos de Jecker.

D. Cirilo veía desde una de las ventanas aquel zafarrancho de moros, y su corazón se oprimía dolorosamente.

—¡Mi cebada! ¡mi maíz! ¡mi paja! ¡todo se lo está llevando el demonio! ¡todo! ¡todo! nada más falta que el imperio venga á castigarme por dar alojamiento contra todo el torrente de mi voluntad.

Los oficiales dieron parte de que los proveedores estaban bien surtidos.

—¡Hola! gritó Martínez dirigiéndose á los *caporales*, se necesitan reses para la tropa.

—Ya fueron por *nueve* al monte.

—He dicho que *diez*, y si no, mando por veinte.

—¡Imbéciles! gritó Don Cirilo, traigan lo que pide el señor mi compañero.

—Como usted dijo que *nueve*.....

—Yo no he dicho nada, traigan *diez*, y nadie me replique.

III.

A las dos horas, avisó un criado que la mesa estaba preparada.

Subió aquella falange de *famélicos*, y comenzó un verdadero festín.

—Señor Don Cirilo, haga usted traer más vino, mis oficiales lo acostumbran, y no pueden pasarse sin él.

—Ya han traído seis cajas, señor compañero.

—Pero nada más de Burdeos, aun no ha llegado el coñac, ni los licores para los postres y el café.

—A usted le tengo reservado, dijo Don Cirilo ardiendo de rabia, una buena botella de coñac.

—No, señor, usted se engaña, yo no tomo nunca sin que mis oficiales se hayan satisfecho de antemano.

—Pero, señor compañero, yo tengo muy poco abasto.

—Saque usted, amigo, saque usted el guardado, que nosotros estaremos aquí uno ó dos meses.

—¡Santos ángeles custodios! exclamó el infeliz hacendado.

—¡Mucha chol! saca de ese armario la botella de coñac.

El criado trajo un frasco que estaba envuelto en un periódico.

Don Serafin tomó, el papel, era el *Pájaro Verde*.

En uno de los párrafos, encontróse el joven el nombre de Don Cirilo Hermosilla.

Leyó para sí, y pasó el periódico á Martínez, señalándole el párrafo.

El guerrillero, que era un hombre vivo, pasó la vista como un relámpago por los renglones, y después dirigiéndose á su huésped, le dijo:

—¿Conque usted es caballero, de la Orden de Gadalupe?

—No, yo no soy caballero, ni lo pretendo; esa es una calumnia de mi mayordomo, que es la persona que debe haberlo dicho; le juro á usted, compañero.....

—No jure usted, amiguito: ¿y es mentira que ha regalado usted cien caballos para el regimiento de la emperatriz?

—¡Impostural!

Lea usted ese periódico.

Don Cirilo se quedó estupefacto.

Levantóse Martínez, y tomando una copa, dijo en voz alta y sonora

—Brindemos por el señor Don Cirilo Hermosilla, que han obsequiado al regimiento con el sueldo de una quincena.

Don Cirilo abrió la boca como un tiburón.

Vivas y aplausos resonaron como en una cantina de martes de carnaval.

Don Cirilo quiso hacer una declaración, pero Martínez le dijo al oído:

—Señor compañero, elija usted entre tres ó cuatro mil pesos, ó que le aplique la ley de *confiscaciones*.

Don Cirilo optó por lo primero, pero rechinando los dientes como un condenado.

—Señores, agregó Martínez, hagámosle todo el honor á

este brindis, rompiendo las copas para que no se profanen con otros discursos y libaciones.

Las copas volaron por lo alto, cayendo en menuda lluvia de cristal.

El alma del viejo propietario se hacía trizas.

Siguió la jarana hasta el amanecer.

Don Cirilo, queriendo vengarse, les puso monte á los oficiales.

—Anda, viejo zorro, dijo Martínez, quieres tomar la revancha; yo te echaré un pollo de cuenta.—Señor teniente Garduña, lo habilito á usted para que eche unos *pasados por agua*.

—Mi teniente coronel, acepto, gritó una especie de hurón con cabellera azafranada y manos de orangután.

Martínez se marchó á dormir, diciendo para sí:—Quiñones está vengado, la venganza ha sido sangrienta; toma, mómia del imperio, toma por roñoso y avaro.

IV

Don Cirilo Hermosilla era hábil de *cartas*, pero no tanto como Garduña.

Comenzó ese juego de albures con todos sus *dibujos*.

Don Cirilo era afecto á los *tecolotes*.

Ahí estaba el *intrínquilis*, como decía Garduña.

Este se hizo al principio el colegial, para darle lo que el llamaba *boca de lobo*, al imperialista.

Después tomó la baraja y desplegó toda su ciencia en el arte de Birján.

Don Cirilo tenía fiebre tifoidea.

Le ganaron el dinero, los cubiertos y el reloj; y si la hubiera apostado, pierde la fé del bautismo.

El infeliz retirado se marchó á descansar cerca de las cuatro de la mañana, dándoles de patadas á los criados que encontraba á su paso.

Metióse en el lecho y procuró conciliar el sueño.

No daban aún las cinco de la mañana, cuando Martínez llegó bajo las ventanas de Don Cirilo, con la banda de clarines, á tocar la *diana*.

Don Cirilo dió un salto.

El teniente Garduña tomó un serpentón y tocó un *solo*, de á cuarto de hora, capaz de despertar á un difunto.

Don Cirilo se tiraba de los cabellos con desesperación dramática.

Después de media hora, cesó aquella *cencerrada*.

Don Cirilo procuró conciliar el sueño.

No había pasado una hora, cuando los clarines tocaron *forraje*.

Volvió el malaventurado teniente coronel á despertar.

Esperó con paciencia á que concluyese el infernal toquido.

A las ocho, la banda salió á la *escoleta*.

Entonces cada individuo tocaba lo que le parecía; notas altas, bajas, cromáticas, *fiorituri* y cuantas abominaciones aplicadas á los fagots y clarines ha inventado la filarmonía.

Don Cirilo saltó de la cama renegando, mandó poner su carretela, y se huyó, verdaderamente fugado, rumbo á Celaya.

—¡Qué me importa, decía el fugitivo, que la caballería tome agua, ni que pase lista, ni que entren en asamblea, para que así me rompan los oídos!

¡Maldita sea la república, y los tagarnos, y los chinacos, y toda esa chusma de canalla! Les dejo la hacienda, que se la coman si gustan.

V.

Luego que los oficiales se apercibieron de la retirada del propietario, se dirigieron á los estantes, sacaron el uniforme de Don Cirilo, vistieron un manequí, le pusieron la cruz de la Orden de Guadalupe, y lo colgaron del zaguán, como esos gavilanes empajados que adornan los portales de las haciendas.

Martínez se reía á dos carrillos al ver la jácara de la oficialidad.

¡Quien le había de decir á Don Cirilo Hermosilla que una *grosería* le había de costar tanto dinero!

VI.

Pasó el regimiento el 26 de Abril en una verdadera fiesta.

Hacía mucho tiempo que aquellos soldados no dormían bajo de techo.

El regimiento de Martínez estaba predestinado á los trabajos y fatigas de la campaña.

Al amanecer del 27 se oyó un cañoneo.

Martínez hizo tocar botasillas.

El guerrillero jamás se dejaba sorprender.

A pocos momentos un ayudante llegó á todo escape.

—Mi teniente coronel, que avance usted con el regimiento,

porque el enemigo ha hecho una salida, derrotando el campo de Michoacán y el de Jalisco.

—¡Rayo de Dios! gritó Martínez, y mandó tocar trote al clarín de órdenes.

El regimiento se puso en seguida sobre la marcha, y á las dos horas se encontraba frente á Querétaro.

CAPITULO DECIMOSEPTIMO.

LA BATALLA DEL 27.

I.

Estamos en la noche del 26 al 27 de Abril de 1867.

Los sitiados necesitaban hacer un movimiento, decidirse á romper el cerco, aventurar una batalla para salir de la amarga situación á que los llevaba un destino siempre adverso.

Dejar pasar los días en que las municiones se agotan pausadamente, en que la moral se pierde en combates parciales y la sangre cae gota á gota dejando exánime el cuerpo, cuyo vigor faltará en un momento dado, es entregarse irremisiblemente en brazos de la derrota.

Los Jefes imperialistas celebraron junta de guerra, y la mañana del 27 fué señalada para un ataque simultáneo sobre la *Garita* y los campamentos del *Cimatario*.

Dos columnas de cuatro mil hombres cada una, con su dotación de artillería, formaban el cuerpo de asalto.

La primera estaba al mando de Castillo y la segunda se fió al valor nunca desmentido del general Miramón.

Tomar los puntos indicados y caminando en sentido inverso sobre el cerco de circunvalación hasta encontrarse en un punto dado de aquella circunferencia de hierro, era el plan de los imperiales.

El imperio tiraba por última vez los dados sobre la carpa de su fatalismo.

Las columnas comenzaron á desfilarse en silencio después de un fuerte cañoneo sobre la *Garita*.

La columna de Castillo se encontró á pocos momentos frente á los reductos enemigos, mientras la de Miramón, que tenía mayor distancia que vencer, se desprendía de la Alameda rumbo al campo del *Cimatario*.

II.

El general Corona, sin presentir el ataque, dejó al mando de la línea del Sur al general Régules y vino á conferenciar con Riva Palacio.

La noche tocaba á su fin, cuando Castillo se lanzó con denuevo sobre la *Garita*, que era uno de los puntos de la línea de Riva Palacio y defendido por el valiente general Jiménez, que lo recibió á metralla, echando fuera de tiro, dejando un reguero de sangre y de cadáveres.

Castillo se había comprometido á tomar el reducto y tornó á ensayar un segundo y tercer asalto, que dió por resultado la pérdida completa de su división.

Altamirano había acudido al punto del ataque desde los primeros disparos, allí era su puesto, conservado siempre con heroísmo.

Carrillo con los valientes soldados de Toluca, y Villada con un batallón de Michoacán dividieron los peligros en el campo de Jiménez, y compartieron los laureles de la victoria. Vélez y Chavarría asistieron á la jornada.

La primera parte del plan imperialista había fracasado.

El toque de diana repetido en toda la línea y los gritos de triunfo, anunciaron á Maximiliano que el general Castillo estaba derrotado.

III.

La columna de Miramón seguía imperturbable á su destino.

Sorprendió á los escuchas, capturó á las avanzadas, y con aquella rapidez de movimientos que le era genial, Miramón se lanzó sobre el cuerpo de ejército de Corona, cuyos soldados víctimas de la sorpresa comenzaron á desbandarse, á tirar las armas y á abandonar la artillería, trenes y bagajes.

Miramón se apoderó de las trincheras, tornó las piezas sobre los fugitivos y siguió su movimiento ejecutado con una maestría admirable.

La tropa, como era consiguiente, se entregó al botín y comenzó á desordenarse sin que el general pudiera contenerla.

Vencedores y vencidos se dispersaron en el campo del Cimatario y comenzó á introducirse una confusión horrible.

El general Jiménez, seguido de Vélez, Altamirano y Chavarría, recorrió su línea después de la derrota de Castillo. Al llegar á la extrema izquierda advirtió que la columna de Miramón llegaba al Cimatario. Vélez se empeñaba en creer que era una fuerza republicana, porque no podía comprenderse que aquel campamento era sorprendido.

Jiménez comprendió desde luego que permaneciendo mudas las baterías de la alameda, la fuerza era enemiga; entonces envió un regimiento de caballería suriano á las órdenes de Figueroa, y pocos momentos después ordenó á Altamirano que se pusiera á la cabeza, y observase la columna de Miramón.

Jiménez no se había engañado: luego que Altamirano se puso sobre el camino, las baterías de la alameda lo saludaron á metralla. Avanzó hasta el Cimatario y presenció con asombro aquel espantoso desastre.

Todo estaba perdido.

Régules procuraba en vano contener á sus soldados. El pánico era terrible, el general fué arrastrado en la fuga y llevado por sus mismos dispersos, que huyeron á los pueblos inmediatos contando que el ejército republicano había sido completamente despedazado.

Miramón dobló la posición del centro y atacó por retaguardia.

La división de Jalisco apenas pudo defenderla y se replegó hacia la izquierda, abandonando cañones, trenes. &

Una brigada de esta división que mandaba el general X..... se fué hasta Apaseo y no volvió, sino tres días después.

El enemigo llegó á la hacienda del jacal, posición extrema izquierda defendida por la división de Sinaloa al mando del general Manuel Márquez que corrió igual suerte.

Maximiliano vino entonces á ponerse al frente de las fuerzas, y se hallaba cerca de las paralelas abiertas por el general Corona frente á la *Casa Blanca*.

El general Corona no había podido llegar á su línea y se había incorporado al cuerpo de caballería mandado por el general Aureliano Rivera, único que se mantuvo unido, aunque tuvo que replegarse á la derecha del campo de Régules, desde donde pudo salvar algunos trenes y piezas que metía el enemigo quitándoselas á viva fuerza.

En ese instante, un cuerpo pasó alguna distancia delante del regimiento de Altamirano y en dirección al enemigo.

Eran "Cazadores de Galeana" al mando del bizarro coronel Juan Doria.

Altamirano se puso en movimiento.

Tan pronto como el enemigo avistó, destacó su caballería á su encuentro. Esta caballería era numerosa y componíase

de los cuerpos de "Húsares," "Regimiento de la emperatriz" y "Policía á caballo."

El coronel Doria no vaciló, á pesar de la inferioridad de sus fuerzas, pues apenas traía trescientos y tantos caballos, siendo el número igual los que mandaba Altamirano.

El enemigo traía como mil doscientos caballos.

Los imperialistas tocaron á degüello.

Los republicanos repitieron el toque aceptando la batalla.

El Coronel Doria iba á la cabeza, vestido de azul, con un pequeño fieltro gris, montado en un soberbio caballo tordillo y llevando una magnífica pistola de Colt en la mano. Altamirano también montaba un caballo retinto, iba vestido todo de negro y empuñaba también una pistola de Colt.

Los "Cazadores de Galeana" descargaron sus rifles de Spenser de ocho tiros sobre el enemigo, que no los esperaba y se desmoralizó por completo.

Entonces, sacando los sables, se precipitaron á su encuentro é hicieron una carnicería espantosa.

Llegaron al campo los arrogantes cuerpos de "Supremos Poderes" al mando del bravo coronel Yepes y el primero del Norte al del coronel Montesinos, y todos á las órdenes del general Rocha, haciendo un fuego mortífero sobre el enemigo. Este huyó precipitadamente y bajó á la llanura.

Las fuerzas republicanas hicieron alto.

Doria y Altamirano se abrazaron sobre el campo.

Altamirano encargó el mando del regimiento al coronel Figueroa y quiso, como soldado raso, combatir al lado de Doria con los "Cazadores de Galeana"

La infantería enemiga se rehizo y avanzó hacia los republicanos, trayendo á su vanguardia una densa línea de tiradores.

Un jinete llegó corriendo hasta encontrar al coronel Doria.

Era el general Rocha, quien después de felicitarlo le encargó que contuyese al enemigo mientras que los batallones que se habían quedado atrás y que venían fatigados, llegaban al terreno de la lid.

Doria, que veía acercarse las columnas, hizo un esfuerzo desesperado y mandó cargar; lo mismo hizo el cuerpo del Sur.

Los "Cazadores" se lanzaron y acuchillaron á los tiradores, y á pesar del fuego mortífero que se les hacía en toda la línea por la infantería enemiga, llegaron á las trincheras defendidas todas con vigor. Doria mandó lanzarse sobre ellas y saltó el primero, Altamirano lo siguió, y un momento después bajaban al llano dejando un reguero de cadáveres al pie de los parapetos y persiguiendo á las columnas, que, dando media vuelta, corrían para la plaza en desorden.

Maximiliano retrocedió á su vez y ordenó la retirada, que se hizo con precipitación hasta desaparecer el enemigo por la Alameda y la *Casa Blanca*.

El general Corona mandó avanzar en tiradores al cuerpo de Guerrero y á un piquete de guerrilleros de Guanajuato al mando del coronel Domenzain frente á la *Casa Blanca*, á fin de molestar al enemigo.

Las baterías imperiales protegían la retirada, sosteniendo un vivo fuego.

Era la una de la tarde, la línea estaba recobrada.

Miramón volvía derrotado á sus parapetos merced al fiasco del general Castillo y á la oportunidad conque las reservas llegaron al campo á disputarle los lugares del triunfo.

La victoria lo había saludado en los primeros momentos, y veintidós piezas prisioneras y un número inmenso de bagajes de guerra, le decían que no había sido un sueño su espléndida victoria sobre los campamentos del Cimatario.

La historia guarda los nombres de los héroes de esa jornada aunque los callen los historiadores.

CAPITULO DECIMO OCTAVO

EL SITIO DE MÈXICO.

I.

Porfirio Díaz, después de la batalla de San Lorenzo, había puesto sitio formal á México.

El grueso de las fuerzas con toda la artillería, se situó en la parte Norte de la ciudad.

Tacubaya, Chapultepec y La Piedad, eran guardados por las caballerías.

El general republicano hizo un reconocimiento y comprendió que no era fácil un ataque como el de Puebla, y comenzó á practicar sus caminos cubiertos y paralelas, para llegar á los parapetos enemigos.

Márquez, que había llegado fugitivo de San Lorenzo, se presentó en la casa de Manuel Payno.

—Caballero, le dijo, soy el general Márquez.

Payno no lo conocía personalmente, y sintió esa repugnancia instintiva que despierta la presencia de un asesino.

—¿En qué puedo servir á usted?

—Estoy perdido, y necesito una persona que me hable la verdad, que me dé un consejo sobre lo que debo hacer.

Payno temía pronunciar una palabra delante de ese miserable, que era muy capaz de hacerle ahorcar al día siguiente.

—Hable usted, que está bajo mi garantía.

Entonces Payno le dijo:

—El imperio ha terminado, la situación es angustiosa; no tiene usted, á mi juicio, más remedio que llamar al general republicano, pedirle garantías y entregarle la ciudad; todos los esfuerzos que usted haga son inútiles.

—Pero el emperador va á desaprobarme mi conducta.

—El emperador está en una situación más aflictiva aún.

—¿Y no tiene usted personas que salgan á conferenciar con el general Díaz?

—Las buscaré.

Márquez salió preocupado de la casa de Payno.

Aquel desgraciado estaba en un abismo sin fondo.

Los dispersos comenzaron á llegar.

El presidente del consejo de ministros persuadió á Márquez de que aún era tiempo de sostenerse en el poder, que Maximiliano triunfaría en Querétaro, y que la cuestión se reducía á sostener la plaza.

Cuando la cabeza se ha perdido, la voluntad es una veleta que gira al lado que se le sopla.

Márquez envió á decir á Payno que diera por terminado el asunto que lo había llevado á su casa.

II

La población se animó como por encanto en los primeros días del sitio.

Las azoteas, las torres, los observatorios, todo estaba lleno de curiosos mirando con anteojos á las fuerzas republicanas que circunvalaban la capital.

En medio de esta barahunda, existía un terror pánico en todos los comprometidos.

“Plaza sitiada, plaza tomada,” dice un adagio, y México estaba en jaque, teniendo en su frente esa sentencia.

Para dar más animación, las músicas de los cuerpos tocaban todas las tardes en la Alameda, que se llenaba de una concurrencia numerosa.

Multitud de lindísimas jóvenes y de elegantes paseaban por las calles de esos jardines.